

separarán las legiones pompeyanas de su jefe; es decir que cuando venga el inevitable rompimiento, quedará vencido Pompeyo, aun antes de romper las hostilidades.

El año 55 pasó sin acontecimientos, y confiando en el porvenir los triunviros, dejaron que el año siguiente llegara Domicio al consulado y Catón á la pretura: su odio no parecía ya peligroso.

III. — EXPEDICIÓN DE CRASO CONTRA LOS PARTOS (54).

Craso tenía sesenta años, muchos millones y ninguna idea (1). Colmado de honores, dos veces cónsul, censor, sin tener turbada el alma por altas y patrióticas preocupaciones, podía gozar tranquilamente sus riquezas en medio de la estimación pública; hasta habría encontrado en este reposo voluntario, lo que busca el sabio, cuando llega á esa pendiente de la vida que no se vuelve á subir, el *otium cum dignitate*. Pero su ambición era la de los ánimos mezquinos, que desean el poder y no saben luego qué hacer de él, ó lo emplean mal.

Por una mezquina envidia quería empujarse á la altura de Pompeyo y de César. Diez y seis años hacía ya que no había pisado un campo de batalla; durante este período, él uno había pacificado el Asia, y el otro conquistado la Galia. Craso tenía prisa en renovar con otras hazañas el oscurecido recuerdo de sus antiguos triunfos é igualarse en gloria á sus rivales. El procónsul de las Galias había penetrado en los extremos de Occidente; él, nuevo Alejandro, quería pasar el Indo y buscar más allá del Ganges los últimos límites de Oriente.

César y Pompeyo lo animaban en su temeraria empresa á fin de habituar á los romanos á estos grandes mandos que la verdadera república no había conocido, y Craso ni esperó siquiera á cesar en sus funciones de cónsul: el 28 de octubre había acabado todos sus preparativos.

Pero una oposición inesperada vino á dificultar esta empresa. Había ocho legiones en la Galia, otras en España, en África y en Italia, y la expedición de Siria exigía siete más aún para ir á buscar lo desconocido con desprecio de los tratados y de los oráculos sibilinos. El senado había rehusado dar el decreto necesario, y el pueblo, agitado por los dos tribunos del partido de los nobles, se oponía á la partida de Craso. Fué preciso que Pompeyo le abriera camino por en medio de la multitud yendo delante de él. En la puerta de la ciudad encontró al fiero Ateyo, que derramaba libaciones y perfumes sobre un brasero encendido, pronunciando las más terribles imprecaciones contra él, contra su ejército y contra Roma misma.

Desde la administración de Pompeyo, no había cambiado la faz de las cosas en Oriente. Su cuestor, Emilio Escauro, á quien dejara en Siria con dos legiones para contener á los árabes, había vendido allí la paz y la guerra durante tres años, y sus dos sucesores (59-58) no habían hecho notable en bien ni en mal su corta administración. Sin embargo, la Siria, situada entre los egipcios y los partos, ofrecía mil recursos á un genio emprendedor: por la parte del Eufrates había gloria que adquirir, y por el lado de Pelusio riquezas que sacar; y luego sólo tres gobernadores habían pasado por aquella nueva conquista: debía, pues, ser todavía una buena mina que explotar. Gabinio, el antiguo agente de Pompeyo y el amigo de Clodio, se

(1) Bien que hubiera consagrado á Hércules, durante su primer consulado, la décima de sus bienes, dado al pueblo un banquete de diez mil mesas y distribuido á cada ciudadano trigo para tres meses, aun poseía, antes de la expedición pártica, 7,100 talentos ó sean 40 millones de francos (Plutarco, *Crassus*, 2 y 12).

había concertado con este tribuno, como ya en otro lugar dijimos, para obtener con su apoyo, después de su consulado, esta rica provincia, á fin de restablecer su hacienda casi arruinada. Algunas expediciones felices contra los árabes y los judíos, la abolición de la monarquía en la Palestina, que dividió en cinco provincias, regidas cada una por un consejo soberano, le valieron el título de *imperator*.

Pero el senado, impelido por Cicerón, enemigo personal suyo, y por los publicanos, cuyas rapiñas había cortado, á fin de hacerlas él en mayor escala, hubo de negarse á hacer *supplicaciones* en su honor.

Otro disturbio de los judíos reveló otra vez más el indómito carácter de este pueblo. Gabinio hubo de dejar á su cuestor Marco Antonio, rudo y grosero soldado, pero bravo hasta la temeridad, el cuidado de castigarlos para quedar en libertad de conducir él mismo otra expedición más lucrativa contra los partos.

El rey de los partos acababa de ser asesinado por dos de sus hijos, que se disputaron luego la corona, y el más débil de ellos solicitó el apoyo de Gabinio ofreciéndose él á guiar las legiones. Ya había pasado el Eufrates el general romano con este propósito, cuando ganado por un ofrecimiento de diez mil talentos, volvió atrás, á pesar del senado y de los libros sibilinos, á restablecer en Alejandría á Tolomeo Auletes, al cual vendió luego la mitad de su ejército.

Esta expedición estaba ya hecha y se preparaba á emprender de nuevo el camino del Eufrates, cuando llegó Craso. En Roma se acusó á Gabinio de atentado contra la majestad del pueblo romano; pero él compró la absolución. En otra causa, en que Cicerón tuvo la debilidad de defenderlo por complacer á Pompeyo, regateó con los jueces y fué condenado á destierro (2).

Craso embarcó su ejército en Brindis, y como corría entonces la mala estación, no tuvo confianza en su flota para doblar la Grecia y ganar por el mar de las Cícladas las costas de la Siria. Aquellos romanos eran malos marinos, pero muy buenos andadores. Habiendo desembarcado en Dirraquio (Durazo) siguió la *via Egnacia* por el Epiro, la Macedonia y la Tracia; pasó el Helesponto, sin duda á la altura de Lámsaco, y penetró en la Galacia, donde encontró al rey Deyotaro ocupado, á pesar de su avanzada edad, en edificar una ciudad. «¡Cómo es eso! le dijo Craso, ¡á la hora duodécima del día te pones á edificar!» A lo que contestó el gálata sonriendo: «Pero tú tampoco has madrugado mucho para tan lejana expedición.» Craso atravesó enteramente el Asia Menor y entró en Siria por el Norte.

Los partos habitaban originariamente un gran país cerrado al Sur, al Oeste y al Norte por las montañas de la Pérsida, de los medos y de los hircanios, y extendido al Este en estériles llanuras hacia el Aria y la Margiana. Se asemejaban á los escitas sus vecinos, siendo como ellos excelentes jinetes y arqueros habilísimos. A mediados del siglo tercero antes de nuestra era, tuvieron uno de esos caudillos que en pocos años preparan á un pueblo para una nueva fortuna. Arsaces sacudió el yugo de los indolentes sucesores de Alejandro y fundó la monarquía pártica, cuyos reyes tomaron todos su nombre, los Arsácidas. El sex-

(2) Sobre Gabinio véase Cicerón, *de Prov. consularibus*; Apiano, *Syria*, 51; Josefo, *Antig. Jud.* XIV, 4 y sig. y de *Bell. Jud.* I, 8. Este pro. cónsul, á quien se pone casi al nivel de Verres, hubo de hacer, sin embargo, mucho bien en Judea, donde reedificó veinte ciudades. Josefo le hace honor.



Arsaces VI

to fué un gran príncipe, legislador y conquistador, que venció al rey griego de la Bactriana, Eucrátidas (1), dominó el Indo y el Eufrates é hizo prisionero en 138 al rey de Siria Demetrio Nicator.

Habiendo venido á ser los dueños de Asia, muy pronto cambiaron los partos sus tiendas de pieles en palacios suntuosos, sus groseros vestidos en finas y flotantes túnicas y sus rudas costumbres en hábitos de refinada molicie. Sin embargo, conservaban un resto de la savia originaria; una nobleza guerrera rodeaba al príncipe. Cuando salía á campaña podía llamar bajo sus estandartes hasta diez y ocho reyes, á los cuales había dado en feudo otras tantas satrias, y sus jinetes, los *catafractarios*, cubiertos con una cota de mallas, cobraron fama de irresistibles, después de la derrota de Craso (2).

Los arsácidas, enemigos de los armenios, solicitaron la alianza de Roma, cuando comenzaron las contiendas de Tigranes con la república: el 92, Arsaces IX envió diputados á Sila, y Arsaces XII renovó esta alianza, durante la guerra de Lúculo contra los reyes del Ponto y de la Armenia. Pero cuando propuso á Pompeyo fijar en el Eufrates la frontera de los dos imperios, no contestó el procónsul á tal propuesta y se negó á reconocer al príncipe el título de rey de los reyes que se daba. Era un medio hábil de reservar á la ambición romana las eventualidades del porvenir.

Algunos años después, habiendo conmovido la guerra civil el imperio pártico, pareció que caería muy pronto en esa semi-sujeción que, para los Estados vecinos de Roma, era anuncio de una muerte próxima. Gabinio había estado á punto de conducir de nuevo á Seleucia á uno de los paricidas de Arsaces XII, á su hijo Mitridates. Si hubiera hecho esta expedición, habría dejado sin duda guarnición en la ciudad real, como la dejó en Alejandría; y el Tigris, en lugar del Eufrates, habría podido venir á ser la frontera oriental de Roma. Pero las promesas de Tolomeo Auletes fueron más eficaces que las de Mitridates; y habiendo intentado el príncipe parto derribar por sí solo á su hermano Orodes, fué sitiado, cogido y muerto por él en Babilonia.

A pesar de su muerte quedaron en el reino bastantes turbaciones para que un hombre hábil pudiera aprovechar estos acontecimientos. Craso no se dió el tiempo necesario para tomar conocimiento del país, ni para tramar útiles intrigas con los descontentos y los pueblos confinantes, que le hubieran suministrado numerosa caballería; se apresuró á pasar el Eufrates, se apoderó de algunas ciudades, dispersó algunas tropas y se hizo proclamar *imperator*, por estos ligeros hechos de armas. Pero en vez de avanzar audazmente sobre Babilonia y Seleucia, ya que el enemigo no parecía dispuesto á defenderse, y tomar rápidamente estas dos ciudades que odiaban la dominación de los partos, volvió á invernar á Siria donde dejó que su ejército perdiera la disciplina (54). Él mismo, á pesar de su sesenta y un años, no se ocupaba más que en visitar los templos, para despojarlos de sus tesoros: el de Hierápolis fué

(1) Queda de aquel príncipe una medalla de oro, única en el mundo, que pesa 20 estateras (168 gr. 05); tiene 3 mm. 3 de espesor y 83 milímetros de módulo. Yo mismo la adquirí, en 1867, á indicación de M. Chabouillet, por la cantidad de 30,000 francos, que suministraron por mitad la Biblioteca Nacional y el Emperador.

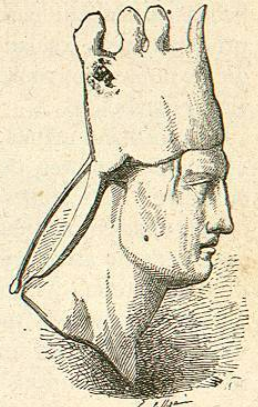
(2) Entre las tropas de los reyes de Armenia había también catafractarios, de los cuales dió Lúculo buena cuenta; pero Lúculo era otro general que Craso, y supo elegir su campo de batalla. Los romanos acabaron por formar escuadrones de catafractarios: la Edad media no conoció otros jinetes, y nosotros todavía tenemos nuestros coraceros. Los jinetes partos no tenían escudo, á fin de manejar el arco más fácilmente, y en las llanuras de la Mesopotamia esta arma arrojada valía más que la de mano de los legionarios. Dion, XL, 15.

completamente saqueado, no menos que el de Jerusalén, de que sacó hasta dos mil talentos (3).

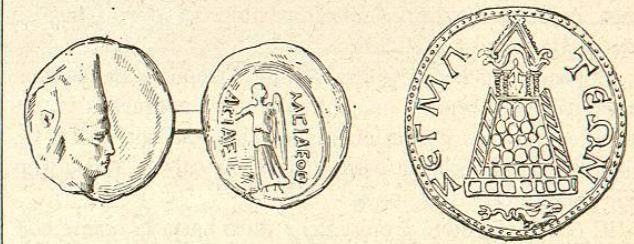
Habiéndole pedido cuenta una embajada de Orodes de la violación del territorio de su imperio: «En Seleucia os daré la respuesta,» contestó Craso. A lo que replicó uno de los enviados: «Entrarás tú en Seleucia cuando nazcan aquí cabellos.» Y le indicó la palma de la mano.

El rey de Armenia Artavasdes fué á visitarlo con seis mil jinetes cubiertos de hierro, y le ofreció paso por su reino, donde el ejército romano encontraría abundantes víveres, caminos seguros, terreno favorable á su táctica y el concurso de treinta mil armenios. Craso rehusó aceptar el ofrecimiento.

Decidido á atravesar las llanuras de la Mesopotamia para llegar más pronto á Tesifonte, nueva capital del reino pártico, pasó segunda vez el Eufrates por Zeugma con siete legiones y cuatro mil caballos. Una violenta tempestad rompió los puentes después de su paso. El legado Casio quería que se siguiera el Eufrates, cuyo curso debía seguir también una flotilla cargada de víveres. Pero un jefe árabe enviado por los partos para atraer á Craso á sus áridas llanuras, lo persuadió de que no había más que presentarse para vencer, debiendo darse buena prisa, si quería apoderarse de sus tesoros, que se disponían á poner á buen recaudo trasladándolos al país de los hircanos ó al de los es-



Artavasdes (4)



Moneda de Artavasdes (5)

Moneda de Zeugma (6)

citas. El procónsul siguió el pérfido consejo y se arriesgó á penetrar en aquel mar de arena, donde muy luego todo faltó á los soldados, hasta la confianza en su caudillo (53).

Los partos habían dividido sus fuerzas: Orodes operaba en el Norte con su infantería, á fin de detener al rey de Armenia al salir de las montañas; y el *surena*, ó generalísimo, reunía al Oeste innumerable caballería con la mira de envolver, en medio de aquellas inmensas llanuras, á la pesada infantería romana. Los dos ejércitos se encontraron no lejos del riachuelo Beliso (*Belik*).

El joven Craso, que desde la Galia, donde se había distinguido, fué á reunirse con su padre, tomó el mando de la caballería, y confiando en su bravura, se impacientaba ansiando el momento del combate.

De repente el ejército enemigo, en apariencia poco numeroso, se desarrolla en la llanura, que resuena con grite-

(3) Josefo, *Antig. Jud.* XIV, 7.

(4) Clarac, *Iconogr.* p. 1035, n.º 3053.

(5) Cabeza de Artavasdes. Reverso, ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΒΑΣΙΛΕΩΝ. Victoria en marcha. Moneda de bronce de Artavasdes.

(6) ΖΕΥΜΑΤΕΩΝ, en lugar de ΖΕΥΓΜΑΤΕΩΝ, nombre de los habitantes de Zeugma. Templo en la cúspide de una roca. Reverso de un gran bronce del emperador Filipo, acuñado en Zeugma.

ría horrible, y formidable masa de jinetes, cubiertos de hierro, y sin embargo, rápidos, se precipita sobre las legiones formadas en cuadro. Las espesas filas de los romanos resisten el choque; pero sus armas de poco alcance son inútiles. Si avanzan, huyen los partos; si se detienen, giran los escuadrones alrededor de aquella masa inmóvil y desde lejos la acribillan á flechazos. La infantería ligera que Craso lanza contra ellos tiene que refugiarse muy luego en el centro del cuadro. Espera á lo menos que aquellas terribles flechas se acaben; pero á medida que los soldados de las primeras líneas vacían sus carcajes, pasan á retaguardia, donde numerosos camellos cargados de flechas ofrecen provisión inagotable.

El procónsul manda, en fin, á su hijo que rompa aquel círculo de hombres, de caballos y de flechas que sin cesar envuelve á las legiones. El joven Craso carga á la cabeza de mil trescientos jinetes, galos en su mayor parte. El enemigo cede, lo atrae lejos del campo de batalla con parte de la infantería, que lo sigue á vista del enemigo fugitivo. De pronto vuelve y rodea á sus perseguidores. El joven Craso manda cargar otra vez, y sus soldados le enseñan las manos clavadas en los escudos por las flechas y hasta los pies clavados en el suelo. Él, sin embargo, se lanza contra los bárbaros, seguido de sus fieles galos.

Pero ¿qué podían hacer sus dardos contra hombres enteramente cubiertos de hierro? Hubo una lucha heroica de algunos instantes, un combate cuerpo á cuerpo; los galos echaban pie á tierra para despanzurrar los caballos del enemigo... Cuando su joven é intrépido jefe, acribillado de heridas, no estuvo ya en disposición de seguir combatiendo, se lo llevaron á un otero y formaron á su alrededor como un recinto de escudos. Pero en toda la extensión de la llanura no se veían más que escuadrones enemigos: la fuga, como la resistencia, era imposible. El joven Craso se hizo matar por su escudero.

El procónsul había aprovechado el retardo del ataque principal para trepar á una colina, y creía asegurada la victoria, cuando los jinetes enemigos vinieron con gritos de alegría y palabras injuriosas á pasear la cabeza de su hijo por delante de las legiones.

El combate volvió á empezar y duró hasta la noche con las mismas vicisitudes. Los partos, en fin, se alejaron, gritando al desgraciado padre que le concedían una noche para llorar á su hijo.

Tendido en tierra con silencioso y triste abatimiento, sondeaba Craso el abismo en que su ambición lo había arrojado. En vano procuró Casio reanimar su valor: preciso fué que él mismo diera el orden de retirada, abandonando cuatro mil heridos. Pudo llegarse á la ciudad de Carres, pero no había que pensar en encerrarse en ella. Por la noche partió el ejército á la sordina. Extraviado por sus guías fué alcanzado por los partos, y espantados los soldados obligaron al triunviro á aceptar una entrevista con el *sarena*. Era un lazo: Craso y toda su escolta fueron pasados á cuchillo (8 junio 53).

Cuando se llevó á Orodes la cabeza del procónsul se representaba ante el rey bárbaro las *Bacantes* de Eurípides. El actor asió el ensangrentado trofeo y cantó como la cantante que debía tener la cabeza de Panteo: «Traemos de las montañas este ciervo, que acabamos de matar. Vamos al palacio. Aplaudid nuestra caza.»

Algunos débiles restos de las siete legiones pudieron repasar el Eufrates: Casio, que había partido de Carres antes que su general y llegó felizmente á Siria, tuvo tiempo de organizar allí la defensa, y cuando los partos aparecieron el año siguiente, pudo rechazarlos (52). Otra más formi-

dable tentativa que hicieron al mando de Pacoro, hijo del rey Orodes, no fué más afortunada (51). Encerrado Casio en Antioquía, los dejó hacer correrías en la provincia, y cuando los vió más confiados y en desorden, cayó sobre ellos y les asentó la mano tan pesada y rudamente, que quedó ya libre de partos la Siria.

Fué un suceso feliz tanto más, cuanto que el senado acababa de cometer la falta de enviar á las provincias amenazadas por los partos dos de sus miembros más incapaces de conducir un ejército, Bíbulo á Siria y Cicerón á Cilicia. Hízose por suerte, sin embargo, en virtud de una ley reciente de Pompeyo. Con frecuencia se habían corregido ó prevenido las decisiones del dios ciego, pero esta vez no se pensó en esto.

Por fortuna llegó Bíbulo á su provincia después de la victoria de Casio, y Cicerón ni siquiera vió al enemigo rechazado ya allende el Eufrates. Alentado con esta retirada y muy ganoso de añadir la gloria del guerrero á la del orador, hubo de encargar Cicerón á su hermano Quinto, formado en la escuela de César, que hiciera sentir la mano de Roma á ciertos montañeses de la Cilicia. Con esto, Quinto quemó muchos pueblos, tomó el fuerte de Píndenis é hizo que las tropas proclamaran *imperator* á su hermano. Desde entonces no cesó Cicerón de reclamar el triunfo, y hasta en medio de la guerra civil, cuando el mundo estaba en suspenso por la lucha de César y Pompeyo, se le vió errante en Italia y en Epiro con sus lictores que llevaban las fasces coronadas de laureles; miserable vanidad que echó á perder al adversario de Catilina y de Antonio y al autor de las *Verrinas*.

El desastre de Craso suspendió por algún tiempo la dominación de Roma en el Eufrates. Después veremos por qué era difícil que pasara el río, y cómo no lo hizo sino por el Norte de la Mesopotamia bajo el mando y conducta de bravos caudillos.

IV. — NUEVOS DESÓRDENES EN ROMA—POMPEYO SOLO EN EL CONSULADO (52).

Durante la desastrosa expedición de Craso, habíase quedado en Roma Pompeyo, procurando consolidar su influencia con fiestas y juegos públicos y sobre todo con la solemne inauguración de su magnífico y suntuoso teatro. Era el primer teatro de piedra que se edificaba en Roma, y tenía capacidad para cuarenta mil espectadores: se inauguró con la lucha y muerte de 500 leones. Pasado su año consular, envió á España lugartenientes suyos y con pretexto de cumplir deberes de su cargo para la provisión de víveres, había él permanecido en Roma. El consulado para cuya elección se conmoviera y agitara tanto la ciudad, no había producido nada, nada á lo menos para las reformas útiles; pero mucho para el ambicioso general, que se atribuía tantos talentos, aptitudes y facultades. Comparando esta esterilidad con la fecunda actividad de César en el 59, se tiene ya la medida de los dos hombres (1).

Al resignar las fasces consulares, dejaba Pompeyo la república en la más deplorable situación. Todo literalmente se apreciaba á peso de oro, así el mérito de los candidatos como la inocencia de los acusados, y el Foro no era ya más que un mercado donde se vendían y compraban los sufra-

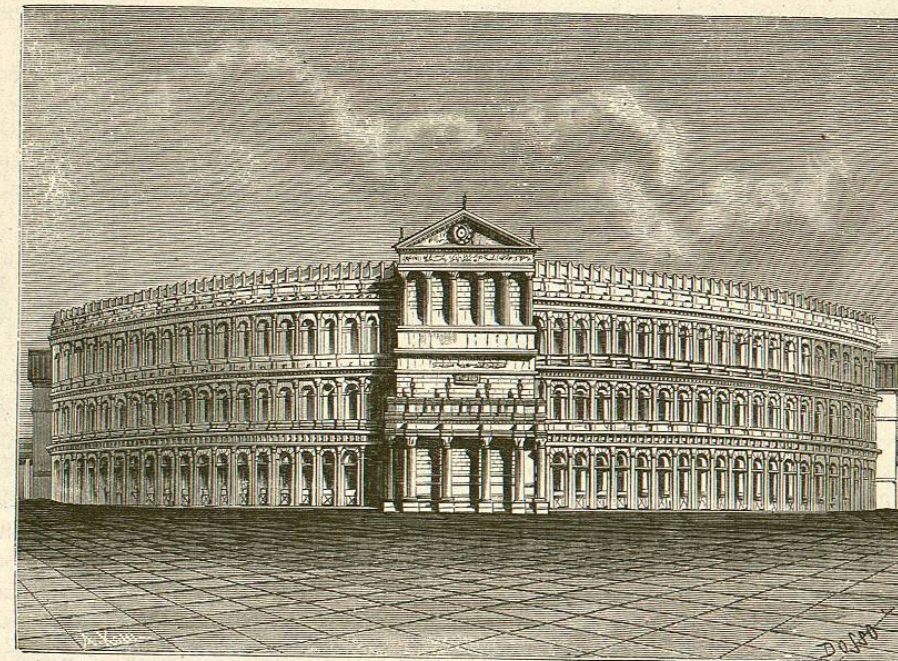
(1) La actividad legislativa de Craso y de Pompeyo en su segundo consulado no se señaló sino con una inútil proposición de ley suntuaria que ni siquiera fué aceptada (Dion, XXXIX, 37) y por una ley perjudicial que elevó el censo requerido para aspirar á las judicaturas; ley que no tuvo más efecto que aumentar el precio á que los jueces se vendían.

gios, los cargos públicos, las provincias. Gabinio había vendido el Egipto á Tolomeo Auletes por diez mil talentos, y robado á los sirios cien millones de dracmas. Se había puesto en rebelión con Roma misma despreciando los senadoconsultos y los libros sibilinos, saliendo de su provincia, á pesar de la expresa prohibición de la ley, y negándose á entregar su gobierno al que fué á sustituirlo legalmente. La irritación subió de punto en el senado, menos por las ilegalidades cometidas que en razón de las inmensas riquezas que parecían no dejar nada á sus sucesores, y á pesar del apoyo de Pompeyo fué condenado en juicio.

Un solo hecho mostrará hasta dónde llegó la depravación. C. Memmio, escribe Cicerón, acaba de leer en pleno sena-

do un escandaloso pacto hecho entre él y su competidor Domicio, por una parte, y por otra, los dos cónsules en ejercicio. Por este convenio, Memmio y Domicio se comprometían, á condición de ser cónsules el año próximo, bien á pagar á los cónsules salientes 400,000 sesteracios, bien á procurar: 1.º tres augures que afirmaran haber asistido á la promulgación de una ley curiada, que no existía; 2.º dos consulares que declararan haber asistido á una sesión de distribución de provincias consulares, sesión que no se ha celebrado (1).

«¡Cuánta gente infame en un solo contrato!» exclama con despecho Montesquieu. Hay que añadir que 400,000 sesteracios por una doble falsedad tan audaz como desvergon-



Teatro de Pompeyo (2)

zada, era suponer la conciencia de los augures y consulares á vil precio. Pero el pueblo mismo no se vendía más caro: Verres no dió por su pretura más que 80,000 sesteracios.

Y al mismo tiempo que la venalidad, entraba en juego la violencia: á cada instante las injurias, las pedradas, los tumultos; y pasar un día sin asesinato, era cosa rara (3): hasta un cónsul fué herido. Cierta Pontino esperaba, hacía siete años, fuera del pomerio, un triunfo que el senado le negaba por sus victorias ganadas el 61 sobre los alóbroges; hasta que un pretor, amigo suyo, reunió algunos ciudadanos al amanecer, y á pesar de la ley que prohibía toda asamblea antes de la primera hora, hízoles votar lo que Pontino deseaba. El perseverante candidato triunfó ciertamente, pero en medio de un extremo desorden. Se batieron en muchos puntos de la ciudad y hubo muertos y heridos. Por las más mezquinas ambiciones, por las cosas más despreciables se violaba la ley y corría la sangre.

Figuraos en medio de semejante sociedad á Catón, pretor entonces, descalzo y sin túnica, regentando su tribunal, haciendo distribuir al populacho en lugar de las profusiones á que estaba acostumbrado, rábanos, lechugas, higos, ó bien

(1) Cic. *ad Att.* IV, 18. Cuando Cicerón pretendió la edilidad, todo el pueblo estaba por él: los *divisores*, sin embargo, se encargaron de derrotarlo por 500,000 sesteracios (I, *in Verr.* 8). Durante las elecciones del año 54, el interés del dinero subió en la ciudad de 4 á 8 por 100 (*ad Att.* IV, 15).

(2) Restauración de M. Víctor Baltard (Escuela de Bellas Artes). Fué el primer teatro de piedra edificado en Roma. Los censores no

proponiendo, después del exterminio de los tenderos y usipetes, que se entregara César á los germanos como infractor de la paz, y se comprenderá que tal oposición no iba más allá de una protesta que no corregía á nadie, mientras hacía sonreír á todos, menos á Favonio, el mono de Catón.

Estos dos hombres que se creían romanos chapados á la antigua, no cambiaban en su modo de ser; pero muchos otros habían cambiado: ya hemos visto la rápida evolución del orador latino en la época de la conferencia de Luca. El excelente hombre que en un Estado pacífico, hubiera conservado con honor el primer puesto, en aquella tempestuosa república era atraído en sentido contrario por sus ideas y por sus intereses, triunfando de él ya las unas, ya las otras, porque era tan pobre de carácter, como rico de talentos. Por el momento, ligábanlo sus intereses á César y lo fatigaba con sus elogios: hasta compuso un poema en honor del procónsul, y mientras lo componía tuvo buen cuidado de que llegara á su noticia su poética empresa. Terminado el poema se lo envió y comenzó otro. César que consideró siempre á Cicerón prendado de su talento, se llevó de teniente á su hermano Quinto y encargó al orador de vigilar el empleo

habían autorizado hasta entonces más que teatros temporales de madera. Pero Pompeyo construyó un templo en el remate del suyo, donde las gradas de mármol en que se sentaban los espectadores, como gradas de un santuario, fueron respetadas. Infringíase la ley, pero sin chocar de frente con ella, como los romanos gustaban de infringirla.

(3) ... *fracti fasces, ictus consul, quotidie tela, lapides, fuge* (Cic. *in Pison.* 12).